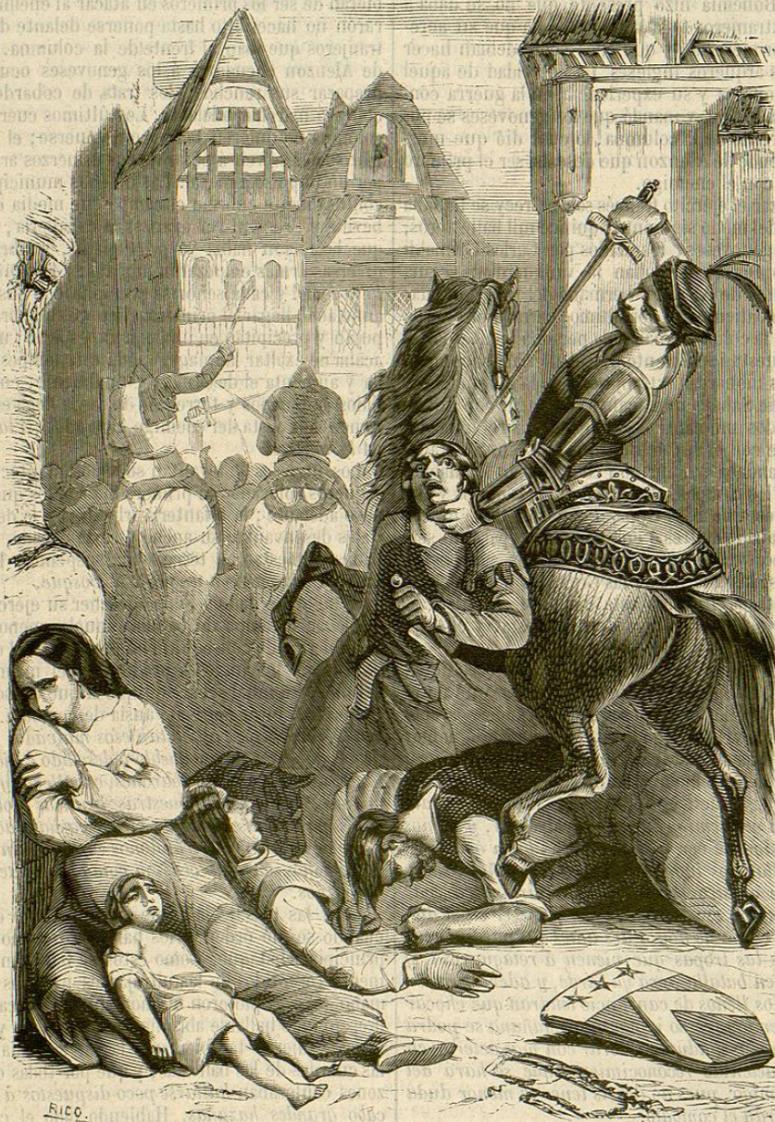


según los historiadores refieren, cayeron como una espesa nevada sobre los genoveses. No fue menester más para que estos italianos se declararan en precipitada fuga, cayendo sobre los coraceros del conde de Alençon: Doria y Grimaldi perdieron la vida al esforzarse por volver á ordenarlos.

Felipe echó de ver el desorden que esta ocurrencia produjo, y como no podía apartar de su mente la idea de traición, gritó á los suyos: «*Matad, matad*

á esa canalla que nos cierra el paso.» El conde de Alençon mandó tocar á carga y pasó con su caballería sobre el cuerpo de los genoveses, que al verse acosados por todas partes, cortaron las cuerdas de las ballestas, y se dispersaron en todas direcciones. En tanto los arqueros ingleses no cesaban de disparar nubes de flechas, y la caballería francesa iba cayendo sin poder llegar á las manos.

El conde de Alençon se abrió paso al través de los



Fico.

TOMA DE CAEN.

ballesteros genoveses que huían, y los ingleses que avanzaban: desbarata la segunda línea de las tropas mandadas por el joven hijo de Eduardo, rompe la masa de infantería, y se encuentra con los ginetes del príncipe de Gales que á su vez cargan también. El conde de Flandes, con su hijo el Delfín Vienés y el duque de Lorena, vuelan presurosos desde el cuerpo de batalla francés á compartir la gloria y el peligro del

conde de Alençon. Cruzanse las lanzas, chocan las espadas. Todos aquellos príncipes, duques, caballeros, condes, barones, combaten personalmente unos con otros. Fermentaban aun en los ánimos las ideas romancescas de una feroz independencia; y lo que cada cual deseaba era adquirir nombradía, aunque fuese á costa del resultado general de la acción. Nunca se vió mas valor ni menos habilidad. Entre tanto el

cielo fue despejándose de nubes, pero aun esto fue contrario á los franceses, pues el viento y el sol les daban en el rostro. A proporcion que titubeaban eran degollados por la infantería de Gales y los irlandeses.

Al ver Felipe al conde de Alençon en el centro de la segunda división de los ingleses, se llenó de temor por su hermano, y avanzó á socorrerle con el cuerpo de batalla. La segunda división enemiga efectuó por

su parte el mismo movimiento para sostener al príncipe de Gales, y cerrar el paso al rey de Francia: la batalla volvió á reanimarse.

El príncipe de Gales, contra quien el conde de Alençon dirigía sus esfuerzos, estaba ya á punto de sucumbir: Warwick y Gofredo encargados de su custodia enviaron á pedir refuerzos á su padre. Pues qué, contestó Eduardo, *¿está por ventura mi hijo tan ma-*



EL REY JUAN EN LA BATALLA DE POITIERS.

herido ó muerto que no puede ayudarse á sí mismo? El mensajero dijo. *Nada de eso sucede á Dios gracias. Pues entonces*, replicó el rey, *volved á decir de mi parte á los que os han enviado, que por fracasos que les sucedan no me envíen á pedir auxilio en tanto que mi hijo viva, y decidles también, que les mando dejen ganar al niño sus espuelas. Quiero, si Dios no manda otra cosa, que sea suyo el honor de la jornada.*

Esta contestación, en la cual va la sencillez cabaleresca unida con la firmeza de un antiguo romano, reanimó el valor de los dos mariscales ingleses. Harcourt debía recibir un castigo por la victoria que acababa de obtener contra su patria, como sucede á todos los que se obstinan en esas largas venganzas que solo pertenecen á Dios. Dijéronle á Gofredo, que en la refriega se veía la bandera de su hermano, el

conde: buscábalo con afán para salvarlo; pero no habiendo el conde querido sobrevivir á la ignominia del triunfo de su hermano, se arrojó á la honrosa muerte con que le brindaban los enemigos de su patria.

El rey de Bohemia se hallaba á la retaguardia con el duque de Saboya. Diéronle noticia de los sucesos. *¿En dónde está mi señor hijo Carlos?* preguntó el anciano. Dijéronle que estaba combatiendo valerosamente, diciendo á voces: *¡soy rey de Bohemia!* y que había recibido tres heridas.

El anciano, exaltado por su valor y por su afecto de padre, instó al duque de Saboya á que marcharan á socorrer á sus amigos; el duque cedió, y avanzó con la retaguardia, aunque no con toda la celeridad que el monarca ciego habría deseado. Iba este diciendo á los que le rodeaban: *acompañeros, hemos nacido en una misma tierra, bajo un mismo sol; hemos sido criados y educados para un mismo destino: os aseguro que hoy no me separaré de vosotros mientras conserve algo de vida.* Al estar ya á punto de cruzar las armas con las del enemigo, dijo á sus caballeros: *«señores, sé que sois mis amigos: por consiguiente os suplico me pongais en sitio donde me sea posible dar una estocada.* Los caballeros contestaron: *que así lo harían con el mayor placer.* Atraron en efecto el caballo del rey al freno de uno de los suyos, á fin de que no se extraviase durante la refriega, y así juntos avanzaron sobre el enemigo.

Penetró el rey de Bohemia conducido por sus caballeros hasta el príncipe de Gales. Los dos héroes, de los cuales, el uno principiaba y el otro estaba ya al término de su carrera, cruzaron varias veces sus lanzas para ilustrar sus primeros y sus últimos golpes. La multitud separó á esos combatientes, de edad y de porvenir tan distinto, pero tan semejantes en lo relativo á la nobleza, generosidad y valor. *El rey de Bohemia avanzó tanto, que pudo dar, no una estocada, sino varias, y combatió muy vigorosamente, así como todos los que le acompañaban.* Tanto avanzaron, que al día siguiente se encontraron sus cadáveres agrupados junto al de su monarca y los de sus caballos atados aun por las bridas. ¡Verdadero prodigio de lealtad y de honor! La poesía que entonces empezaba á despertar del letargo de la barbarie, se dió prisa á inmortalizar al anciano rey de Bohemia: el Petrarca lo celebró en sus cantos, y el joven Eduardo tomó su divisa, que luego fue adoptada por los príncipes de Gales, y consiste en tres plumas de avestruz con esta leyenda en tudesco: *In rieh yo sirvo.* Solo la Francia odia jactarse de tener tales servidores.

El combate seguía con encarnizamiento; pero habiendo muerto el conde de Alençon y el conde de Flandes, la caballería de estos príncipes empezó á replegarse: el hermano de Felipe expiaba con aquel fin digno de su raza, las calamidades á que directamente había dado lugar.

De repente, los soldados franceses creyeron oír estallar el rayo y creyeron que una muerte invisible caía sobre ellos. No parecía sino que el mismo Dios se declaraba en favor de sus enemigos, y lanzaba sus rayos en medio del campo de batalla. Por la primera vez, el estampido del cañon llegaba al oído de los franceses, causándoles una indefinible sensación. Tal vez desde aquel momento presentieron las victorias que en los futuros tiempos habían de conseguir por medio de aquella arma: una densa nube de humo, rasgada de cuando en cuando por pasajeras y terribles llamas, encubría su gloria y su desgracia. Aquella oscuridad guerrera debía envolver en lo sucesivo los grandes hechos, los grandes combates y el espectáculo de sangre que tan grato era á la claridad y á los caballeros.

Eduardo había colocado seis piezas de artillería sobre la colina: la pólvora era ya conocida, pero aun no se había hecho aplicación de ella en las batallas. La guerra antigua y la guerra moderna, el genio de Du-

guesclin y el de Turena, se encontraron de frente en los campos de Crecy. La lanza, la flecha y la bala alcanzaban á un mismo tiempo al caballo y al caballero, el oriflama, el estandarte real y las diversas banderas, desgarradas hasta entonces por el sable, se vieron por primera vez atravesadas por aquellos globos de hierro que rasgan actualmente las banderas. Tan grande era el hacinamiento de armas y de cadáveres, que los vivos se encontraban como asediados, y tenían que permanecer inmóviles entre aquellas barricadas de muertos.

Todo queda envuelto en una comun ruina: reyes, príncipes, caballeros, ginetes é infantes, entre el horror de aquella matanza, Felipe no buscaba sino un golpe que pusiera fin á su vida. Desde la primera carga le habían matado el caballo. Al ver caer al monarca, todo el ejército francés había gritado unánimemente: *«¡Salvad al rey!»* Último recurso de la Francia, último sentimiento que animaba á todo francés al ver que todo se había perdido. Ese grito de honor, de abnegación, de ternura y dolor resonó en las filas enemigas, y aumentó en ellas las probabilidades de la victoria. Juan de Hainaut, que en aquel momento se hallaba cerca del monarca, consiguió empleando grandes esfuerzos, hacerle tomar otro caballo, pero no que se retirara. Deseando Felipe socorrer á su hermano que ya había sido derribado, se metió, sin oír reflexiones, en medio de las masas enemigas, y recibió una herida en la garganta, y otra en el muslo. El sol había ya desaparecido del horizonte, y el rey se empeñaba todavía en morir por los franceses que se habían sacrificado por él. Juan de Hainaut no tuvo mas remedio que hacerle violencia. Apoderóse de las bridas del caballo del monarca, y lo separó de aquel campo de desolación, diciéndole: *a señor retiraos: aun es tiempo; no lo desaprovecheis. Lo que esta vez hayais perdido, en otro lance podreis recobrarlo.*

La noche oscura y lluviosa, favoreció la retirada de Felipe, de aquel monarca, que habiendo entrado en el campo de batalla con ciento veinte mil combatientes, salía de él con solo cinco caballeros, á saber: Juan de Hainaut, Carlos de Montmorency, y los señores de Beaujeu, de Aubigny y de Montsault. Llegó al castillo de Broye á tiempo que las puertas estaban ya cerradas. El gobernador se asomó á las almenas. *¿Quién está ahí? ¿quién llama á estas horas?* — La fortuna de Francia, contestó el monarca, abrid. Palabras mas hermosas que las de César en la tempestad; confianza magnánima, tan honrosa al vasallo como al monarca, y que pinta la grandeza del uno y del otro durante la monarquía de San Luis.

Del castillo de Broye, Felipe pasó á Amiens.

Hacia ya dos horas que reinaba la noche, y los ingleses no acababan de persuadirse de su victoria, hasta que el sepulcral silencio que dominaba en el campo de batalla, empezó á darles una idea de ella. Por último encendieron hogueras, y á su rojizo resplandor, tuvieron ocasión de ver los inmensos funerales de que estaban rodeados. Algunos movimientos desconcertados indicaban los restos de una vida sin inteligencia: algunos heridos sin voz y sin palabra movían maquinalmente la cabeza ó los brazos en aquellas regiones de la muerte: ¡escena indefinible, espantosa, entre la resurrección y la nada!

Eduardo que durante toda la jornada, ni aun siquiera se había puesto el casco, bajó entonces de la colina, y dirigiéndose hácia el príncipe de Gales, le dijo estrechándolo en sus brazos: *«¡Dios te dé perseverancia! Eres hijo mio.»* El príncipe humilló su cabeza en honor del padre. Las hogueras encendidas por los soldados, iluminaron aquellos abrazos en medio de tantos hijos privados eternamente de las caricias paternales. El hijo y el nieto de Felipe el Hermoso, tenían en sus venas sangre de la misma especie que la que estaban hollando con sus piés, ¡sangre

francesa! Bien podían ya ir á contar á su madre que aun vivía lo que habían visto en aquel inmenso catafalco donde yacían los restos de sus parientes y amigos.

El día amaneció cubierto de una niebla tan espesa, que apenas se distinguía lo que estaba á unos pasos de distancia. Las milicias municipales de Rouen y de Beauvais, otra columna mandada por los delegados del arzobispo de Rouen y por el gran prior de Francia, y mil lanzas conducidas por el duque de Lorena, sin saber lo que había ocurrido, venían á reunirse con el ejército de Felipe. Los ingleses plantaron en un sitio elevado, las banderas que habían caído en su poder, y los franceses atraídos por esta señal acudieron al sitio y fueron degollados: allí perecieron, el duque de Lorena, el arzobispo de Rouen, y el gran prior de Francia con toda su gente.

Eduardo deseó conocer la extensión de su triunfo: Reynaldo de Cobham, y Ricardo de Stanfort, fueron comisionados para contar los muertos, y lo verificaron acompañados de tres heraldos que reconocían los escudos de armas, y dos notarios que apuntaban los nombres. Esta fúnebre operación duró todo el día.

En estos fastos del honor, se hallaban inscritos, según Froissard, mil y cien señores feudales, ochenta señores de bandera, mil doscientos caballeros de un solo escudo (es decir, que no servían al rey mas que con solo su persona), y treinta mil combatientes. Algunos historiadores dicen que perecieron treinta mil hombres el día de la batalla, y un número duplicado al día siguiente: eso es una exageración manifiesta. Nunca se tiene presente en los cálculos de las antiguas batallas, el tiempo que materialmente era preciso para matar cuando no estaban en uso las máquinas de guerra, y sobre todo, cuando no era aun conocida esa artillería de los tiempos modernos que barre filas enteras de hombres de un solo disparo. Según aquellos historiadores sería preciso suponer que treinta mil ingleses mataran á ochenta mil hombres en cinco ó seis horas, á flechazos, lanzadas y estocadas, pues aunque es cierto que hubo artillería, es de suponer que su efecto sería casi nulo, tanto por no haber jugado mas que un momento al anochecer, como por lo mal servidas que indudablemente estarían las piezas. Aun nos excedemos respecto al número de los matadores: pues ya hemos visto, que la división mandada personalmente por Eduardo, no llegó á estar en acción. Una carta de Miguel Northburgh, testigo ocular, nos ha sido conservada por Roberto de Avesbury en su historia de Eduardo III (1). Este documento reduce el número de ginetes muertos el día de la batalla, á mil quinientos cuarenta y dos, sin hacer mención de los *milicianos municipales é infantes*; y el día siguiente á mas de dos mil. Northburgh, da la siguiente lista de los principales señores que murieron en ambas jornadas: «El rey de Bohemia, el duque de Lorena, el conde de Alençon, el conde de Flandes, el conde de Harcourt y sus dos hijos (*notable particularidad*), el conde de Aumale, el conde de Nevers y su hermano el señor de Thouars, el arzobispo de Sens, el de Nemes, el gran prior del hospital de Francia, el conde de Saboya, el señor de Morles, el de Guyes, el de Saint-Venant (*mariscal*), el de Rosburgh, seis condes alemanes, una multitud de otros condes y barones, y señores, cuyos nombres no han podido ser sabidos. Felipe de Valois, y el marqués llamado electo de romanos (*Carlos de Luxemburgo, electo rey de romanos*), escaparon heridos.» Esta carta fue escrita el cuatro de setiembre, á los nueve días despues de la batalla.

A esas ilustres víctimas, hay que añadir el ex-rey de Mallorca, el conde de Blois, sobrino del rey de

(1) Puede verse esa carta en la excelente edición de Froissard, por M. Buchon.

Francia, los condes de Samcerre y Auxerre, el duque de Borbon, y finalmente los dos capitanes de los genoveses, Grimaldi y Doria.

Eduardo mandó separar los cadáveres de estos señores, y darles sepultura en el monasterio de Mainteny cerca de Crecy. Knighton y Walsingham afirman, que los ingleses no perdieron mas que un escudero, tres caballeros, y un reducido número de soldados. La victoria no cuenta sus víctimas, el que triunfa nada ha perdido.

La alta aristocracia francesa, ha sufrido tres grandes derrotas causadas por los ingleses, Crecy, Poitiers, y Azincourt, así como los patricios romanos perdieron tres grandes batallas contra los cartagineses en Trebia, Trasimena y Canas. Esos desastres que costaron á la Francia sangre, pero no gloria, se convirtieron finalmente en provecho de su civilización y de sus libertades. En los campos de Crecy recibió la alta nobleza de Francia una profunda herida que dilatándose en Poitiers, Azincourt y Nicópolis, acabó con el cuerpo aristocrático. No tardó despues de las derrotas de Felipe de Valois, y de su hijo Juan, en aparecer otra nobleza de la que hasta entonces no se había oído aun hablar, y que sucedió á la primera, así como la segunda nobleza de los francos apareció despues de la derrota de Lotario en la batalla de Fontenai. Había sido mirada con desprecio la nobleza de los hidalgos de provincia, y se consideró como una dicha el haber encontrado su espada. Los Charny, los Ribamont, los Duguesclin, los La Tremouille, los Boucicault, y los Saintré, fueron seguidos de los Pothon y de los La Hire, perpetuando aquella raza heroica hasta Bayardo y el capitán La Noue. Esa segunda caballería no menos ilustre que su antecesora, sustituida á la alta aristocracia, constituye la transición entre el ejército aristocrático y el plebeyo. Duguesclin dió principio al arte militar moderno y á la disciplina. Las sublevaciones populares conocidas con el nombre de *Jaquería*, y las tituladas *Grandes compañías*, dieron á entender á los plebeyos, que podían batirse lo mismo que sus señores. La organización de las tropas regulares establecida en tiempo de Carlos VII, varió tambien la forma de reclutar hombres para el servicio de las armas. La monarquía, así como el ejército nacional, tomaron nuevas fuerzas del mismo debilitamiento del cuerpo aristocrático militar: la antigua constitución del Estado se alteró en su parte esencial, y la sociedad, impelida por aquello mismo que se consideraba como una desgracia, caminó hácia el grado de civilización en que la vemos actualmente. Podría decirse que la corona de Francia y la nación francesa renacieron bajo los muertos del campo de batalla de Crecy.

La última aparición de los nobles como soldados, tuvo lugar en la batalla de Yvry, donde se presentaron formando una masa de dos mil hombres armados de piés á cabeza. A fines del reinado de Enrique IV, el furor de los duelos debilitó lo poco que todavía quedaba de la segunda aristocracia. Finalmente, en tiempo de Luis XIII y de Luis XIV, los nobles sirvieron en cuerpos privilegiados, ó desempeñaron plazas de oficiales en los regimientos del ejército nacional. No desmerecieron de su antigua nombradía en esa nueva situación: las batallas dadas por Condé ó Turena, atestiguan, que si bien los nobles habían cambiado de fortuna, no por eso habían degenerado de su antiguo valor. En los campos de Clostercamp y de Fontenay en tiempo de Luis XV, y en la guerra de América, reinando Luis XVI, no tuvo por cierto que avergonzarse Francia de los Assas y los Lafayette. Cuando al estallar la revolución, no le quedaba ya al pobre hidalgo, vuelto á su primera condición de franco, mas que su espada, fué á ponerla á los piés de aquellos que en su concepto podían exigir ese servicio; trocó la victoria por la desgracia. Si eso fue culpa, culpa fue del honor, y puesto que la nobleza debía

perecer, bien obró en buscar su fin en el mismo principio que le había dado la vida. De allí á poco empezaron á brillar los portentos del ejército plebeyo. Si la Francia consigue generalizar en la actualidad el sistema de los Guardias Nacionales, tal vez llegará á quedar destruido el de los ejércitos permanentes, y se restablecerán los antiguos reclutamientos en masa, y la democracia vendrá á proceder del mismo modo que procedió la aristocracia. Los hombres se agitan en un círculo eterno, y reproducen incesantemente las mismas instituciones aunque en sentido y en nombre diferentes.

SUMARIO

Llega Felipe á Amiens, é intenta en vano levantar un nuevo ejército para dar una segunda batalla.—Quiere mandar aborcar á Godemar de Pay, y desiste por persuasión de Juan de Hainaut.—Gofredo de Harcourt viene á arrojarle suplicando perdón á los pies de Felipe, y lo consigue.—Eduardo pone sitio á Calais; el duque de Normandía levanta el de Aiguillon.—Los ingleses de la Guena invaden todo el país hasta el Loira.—Prosigue la guerra de Bretaña.—Heroísmo de Gofredo de Pontblanc en Lannion.—Hacen prisionero á Carlos de Blois en el sitio de la Roche de Rieu.—Muerte del Vizconde de Rohan y de los señores de Chateaubriand, de Roye, de Laval, de Tournemine, de Rieu, de Boisboisel, de Machecon, de Rosterner, de Loheac y de la Jaille.—Batalla de Neville, en la que David Bruce, rey de Escocia, cae prisionero de la reina de Inglaterra.—Aumento de contribuciones.—Aumento y alteración de monedas.—Multitud de pensiones concedidas sobre el tesoro en calidad de feudo.—Aventura de Luis de Male, conde de Flandes, hijo de Luis, muerto en la batalla de Crecy.—Gualtiero de Mauny alcanza un salvo-conduto para atravesar la Francia, y pasar desde la Guena al campo de Eduardo que estaba sitiando á Calais.—Carácter del tiempo: echáse de ver la fe religiosa en la fe política; no puede llamarse civilización intelectual de la especie, sino civilización del individuo.—La urbanidad de las clases elevadas hace desaparecer la barbarie y el fanatismo del honor caballeresco, hace las veces de la virtud del ciudadano.—Felipe marcha al socorro de Calais, que ya sufre los horrores del hambre.—Alegria de los habitantes de aquella ciudad al ver marchar en orden de batalla al ejército de Felipe, y su dolor al ver que se aleja sin poder socorrerlos.

FRAGMENTOS.

RENDICION DE CALAIS.

Los habitantes de la ciudad vieron desde lo alto de los muros la retirada del rey, y exhalaban un doloroso grito como niños que se ven abandonados de su padre. «Tan profundo era su dolor y su angustia, que los mas robustos podian apenas sostenerse de pié.» Convencidos de que ya no les quedaba esperanza, fueron á encontrar á Juan de Vienne rogándole abriera negociaciones con Eduardo.

El gobernador subió á las almenas de los muros, é hizo señales de querer parlamentar, y en virtud de ellas, Eduardo envió á Gualtiero de Mauny y al señor Basset, á oír las proposiciones que iba á hacer Juan de Vienne. Así que estuvieron al alcance de la voz, el anciano capitán les habló de este modo: «Queridos señores, sois muy cumplidos caballeros en lo tocante á hechos de armas. Ya sabéis que el rey de Francia, á quien hemos reconocido por señor, nos ha colocado aquí para que defendamos esta ciudad y castillo; sobre todo hemos hecho lo que nos ha sido posible. Ya carecemos de todo socorro. No tenemos viveres y no habrá mas remedio que morir todos de hambre, si el cortés rey y señor vuestro no se apiada de nosotros. Esto quisieramos que por piedad le dijerais, y que nos deje marchar tal cual estamos.»

Juan, contestó Gualtiero de Mauny: lejos está el rey de tener intención de dejaros marchar de ese modo. Lo que desea es que os entreguéis enteramente á discreción para exigir rescate de quien le parezca, ó para condenaros á muerte.

El gobernador replicó: «Gualtiero, esa es una condición demasiado dura para nosotros. Aquí nos hallamos reunidos un pequeño número de caballeros y escuderos que lealmente hemos servidos á nuestro soberano el rey de Francia, como en iguales circunstancias vosotros serviríais al vuestro. Mucho nos lo que hemos sufrido, pero nos hallamos resueltos á apurar el término de todas las miserias antes que consentir que el mas humilde habitante de la ciudad tenga que pasar por condiciones mas duras que las que á nosotros se nos impongan. Os suplicamos, pues, en nombre de vuestra humildad, que volvais á veros con el rey de Inglaterra, y esperamos que Dios mediante, su mucha hidalguía no podrá menos de cambiar de resolución.»

Los dos caballeros ingleses, oída esta contestación, regresaron, y refirieron á su monarca las palabras del gobernador. Irritado Eduardo por la obstinada resistencia de la plaza, y recordando las ventajas que sobre el ejército inglés habían conseguido los habitantes de Calais en cuantos combates navales habían ocurrido, estaba resuelto á no dar cuartel á ninguno. El caballero Mauny tan generoso como valiente, se atrevió á manifestar al rey, que aquellos franceses no por haber servido lealmente á su monarca, eran dignos de ser tratados con tal rigor; que Felipe al apoderarse de alguna ciudad usaria de represalias, y por último, dijo: «tal vez, monseñor, no vais acertado en tomar esa determinación, pues podria redundar en darnos muy mal ejemplo.» Los barones y caballeros ingleses que se hallaban presentes, corroboraron esta opinión de manera que Eduardo exclamó: «Pues bien, no quiero tener que sustentar mi opinión contra todos vosotros. Señor Gualtiero, id á decir al gobernador de Calais, que me entregue seis de los mas distinguidos particulares de la ciudad: que se me presenten con la cabeza descubierta, los pies desnudos, la soga al cuello, y las llaves de la ciudad y del castillo en las manos: yo haré de ellos lo que me plazca y concederé gracia á los demás.»

Mauny llevó esta contestación á Juan de Vienne que aun permanecía apoyado en las almenas de la muralla, y este despues de haberla oído, suplicó al inglés esperara un momento mientras iba á comunicarla á los ciudadanos. Mandó tocar la campana de alarma, y al instante se reunieron en las plazas todos los habitantes de la ciudad. Dióles cuenta el gobernador de las diligencias practicadas, y por último, puso en noticia suya la postrera condición que el rey de Inglaterra les imponia.

Por de pronto, todos los oyentes quedaron abismados en profundo silencio, buscando con anhelantes miradas, cuales deberian ser las seis victimas destinadas á redimir con su sangre la vida de los demás ciudadanos. Pasado aquel momento de estupor, toda aquella turba medió extenuada de hambre, prorumpió en un doloroso gemido: «entonces principiaron á saltar el llanto toda clase de personas de tal manera, que habrian causado compasion al hombre mas endurecido, y hasta el mismo gobernador no pudo evitar que sus ojos se arrasaran de tiernas lágrimas.»

Pero era preciso dar una pronta contestación: el tiempo concedido de tregua iba á espirar. En medio de este conflicto alzó la voz un ciudadano, cuyo nombre es ya conocido del lector: Eustaquio de Saint-Pierre. Sus grandes riquezas, y el crédito que gozaba, le daban las condiciones requeridas para ser una de las victimas que debian sacrificarse en nombre de los demás.

La historia nos ha trasmitido su discurso, sus santas palabras que deben ser reproducidas sin la mas leve alteración: «señores, grandes y pequeños, muy doloroso y cruel seria dejar morir á un pue! lo como este, de hambre ó de otro cualquier modo, cuando

no se encontrará medio ninguno de salvarlo, y seria muy caritativo y aceptable á los ojos de Nuestro Señor el poderlo salvar. Tan grande es la esperanza que tengo de que Nuestro Señor me perdonará si muero por salvar á este pueblo, que quiero ser el primero en despojarme de mis vestidos, y en presentarme con la cabeza y los pies desnudos y la soga al cuello, á disposición del rey de Inglaterra.»

Al acabar de pronunciar el señor Eustaquio estas palabras, cada cual se sintió poseído de adorable compasion, y hubo hombres y mujeres que fueron á arrojarse á sus pies llorando tiernamente.

La virtud es contagiosa así como el vicio: no bien habia aquel insigne ciudadano acabado de hablar, cuando Juan de Aire, padre de dos hermosas señoritas, manifestó querer seguir la suerte de su compadre. Jacobo y Pedro de Wisant, hermanos, dijeron que querian hacer compañía á sus primos, Eustaquio de Saint Pierre, y Juan de Aire. Manifestáronse estos hermanos tan magnánimos como Eustaquio, pues infaliblemente se condenaban á una muerte cuyo honor iba á redundar en beneficio del primero que la propuso. Efectivamente, los nombres de Juan de Aire y de Pedro y Jacobo Wisant, son casi desconocidos, cuando apenas hay quien ignore el de Eustaquio de Saint Pierre. Esta es la razon por qué las dos victimas, cuyos nombres no se designan en las crónicas, deben ser consideradas como las mas ilustres de las seis: todo francés está obligado á vindicarlas de ese olvido de la historia: todo francés debe un tributo de homenaje á esos dos inmortales sin nombre, así como en los antiguos tiempos se erigian altares á dioses desconocidos.

Los anales de Calais aseguran, que los dos últimos candidatos para la muerte fueron sorteados entre mas de ciento que se disputaban aquel honor despues de los cuatro primeros, y cierto escritor opina, que aquel gran número de concurrentes fue tal vez lo que impidió llegar hasta nosotros el nombre de aquellos dos ilustres ciudadanos confundidos en la gloria comun de tantos Decios.

Otra opinión, no muy autorizada, supone que Eduardo habia exigido ocho victimas, de las cuales, la mitad debia pertenecer á la clase noble, y el resto ser meros ciudadanos.

Juan de Vienne, pudiendo apenas tenerse en pié por sus recientes heridas é incesante trabajo, montó en una pequeña jaca, y acompañó hasta las puertas de la ciudad á los seis ciudadanos, los cuales se presentaron en camisa, con la cabeza y los pies desnudos, la soga al cuello, según lo habia exigido Eduardo y en la misma forma que en aquella época acostumbraban los sacerdotes presentarse en las calamidades públicas á ofrecer un sacrificio expiatorio. Eustaquio y sus compañeros llevaban en sus manos las llaves de la ciudad; cada uno llevaba un manojo. Seguianles sus esposas é hijos retorciendo sus brazos y dando lamentables gritos. En esta disposición llegaron hasta las puertas de la ciudad en medio de lamentaciones, gritos y lágrimas.» No habia presenciado el mundo un espectáculo semejante desde que Régulo salió de Roma para regresar á Cartago. El gobernador entregó las seis ilustres victimas al señor de Mauny recomendándolas á su hidalguía. «Señor Gualtiero, le dijo, como gobernador de Calais y por consiguiente sentimiento del pobre pueblo de esa ciudad, os entrego esos seis ciudadanos. Ruegos, noble caballero, os dignéis suplicar al rey de Inglaterra, á fin de que no les mande quitar la vida.»

Dichas estas palabras, se abrieron las barreras de la ciudad, y los seis ciudadanos fueron conducidos hácia Eduardo al través del campamento enemigo. Según Tomás de La Moore y Knighton, el gobernador de Calais acompañó con parte de la guarnición á los prisioneros, y entregó personalmente las llaves de la

ciudad al rey de Inglaterra. Los condes, barones y caballeros que estaban alrededor de este, llenos de admiración al oír lo que Gualtiero de Mauny referia acerca del suceso, invitaban con su murmullo al rey, á no ser inferior en generosidad á los ciudadanos.—Pero el monarca permanecía inflexible, «conservando un ademán severo y lanzando terribles miradas sobre las seis victimas. Era grande el odio que el rey de Inglaterra profesaba á los habitantes de Calais, por los graves perjuicios y contrariedades que ven tiempos pasados le habian causado en acciones marítimas.»

Mandó cortar la cabeza á los seis prisioneros. «Ah! poderoso señor, exclamó Gualtiero de Mauny: dignaos enfrenar vuestra indignación... si no tenéis piedad de esos hombres, todo el mundo dirá que es gran crueldad hacer morir á esos honrados ciudadanos que se han puesto á vuestra disposición para salvar á los demás.»

«Al oír esto el rey, rechinó los dientes diciendo: Callad señor Gualtiero, y mandó venir el verdugo.» La reina de Inglaterra estaba en cinta y se hallaba en aquella ocasión en el campamento, fue tal la aflicción que le causaba aquella terrible escena, que soltó largamente rienda al llanto y apenas podía tenerse en pié. Por último, cayó de rodillas delante de su rey y señor, diciéndole: «Nada os he pedido, señor, desde que aventurándome á muchos peligros, he atravesado el mar para veros. Ahora os suplico humildemente, que por el hijo de la Virgen Maria y en nombre de mi amor, os dignéis tener compasion de esos seis hombres.»

«El rey permaneció un momento sin hablar y con la vista fija en aquella bondadosa señora que seguía puesta de rodillas y derramando tierno llanto. Al fin Eduardo sintió que su corazón se habia conmovido, y exclamó: ¡Ah! hubiera preferido, señora, que os hallarais en cualquiera otra parte... Llevaos los prisioneros, os los doy. La buera reina contestó gracias mi rey y señor, gracias.»

«Acto seguido, se levantó del suelo: mandó ponerse en pié á los seis ciudadanos, les quitó la soga del cuello, y conduciéndolos á su habitación dispuso que se les dieran vestidos y una abundante comida: últimamente, les regaló seis monedas de oro á cada uno, y mandó que se les pusiera en seguridad fuera del campamento.»

Eduardo tomó posesion de Calais. Entró en esa ciudad cabalgando triunfalmente con sus barones y caballeros, y con tanto acompañamiento de tambores, trompetas y músicos, que pasaria por cosa maravillosa el describirlo. No permitió que quedaran en la ciudad mas que tres franceses, á saber: un clérigo, y dos ancianos muy instruidos en los fueros y costumbres de la ciudad, para que siguieran perpetuándolos en la nueva población que habia de componerse únicamente de ingleses. Cosa lamentable fue ver cómo los ciudadanos nobles y ricos tuvieron que abandonar con su familia las magníficas casas y bienes que tenían, pues nada pudieron salvar sino las personas.

Esa narración parece una página de los mas hermosos tiempos de la república romana, puesta como por descuido ó por casualidad en medio de los anales de la caballería. Las virtudes cívicas de Eustaquio de Saint Pierre, de Juan de Aire, y de los dos Wisant, contrastan con las virtudes militares de los Ribamont, Charny y Mauny: dos sociedades opuestas se presentan á un mismo tiempo, y las dos honran á la especie humana.

Calais fue efectivamente vuelto á poblar de ingleses. Eduardo mandó que se establecieran allí treinta y seis familias ricas y otras trescientas personas de mas baja condición; los fueros que con este motivo concedió á esa ciudad el rey de Inglaterra, atrajeron